

goce; y cuando los barcos, á la mañana siguiente—una mañana radiante y tranquila,—zarparon del puertecillo, el Ayuntamiento en corporación y mucha gente sin cargo, fletando un vaporcito, acompañaron á la escuadra hasta mar adentro, agitando pañuelos, trocando saludos, despedidas y votos por el próspero, felicísimo viaje.

* *

¿Cómo temer nada, en efecto? En el mar, se teme cuando el viento muge furioso, cuando las olas, gigantescas, verdes, encrestadas de espuma, suben á desafiar al firmamento, cuando la resaca entona las estrofas de su pavoroso himno; se teme cuando la noche aumenta la tristeza de las largas travesías, cuando el rayo desgarrador lúcido la nube, cuando la neblina gris, densa, confunde y borra los términos del horizonte; pero á las horas claras y frescas de la mañana, con la mar tendida como tapete azul, el cielo despejado y limpio, la costa visible y recortada por el ligero espumero que la bate..., ¿qué recelo puede existir? No cabe augurar sino lo más grato, la navegación riente, favorecida por los dioses, cuya benigna señal aplaca el Ponto y encierra en la caverna eoliana los vientos irritados.

* *

Muy pocas horas después, al mismo puertecito de Muros, cuyas hijas son en Galicia por su belleza famosas, comenzaban á arribar pálidos naufragos medio desnudos, con el terror todavía pintado en el semblante. Eran aquellos que ayer charlaban, cortaban, fraternizaban; eran los salvados al hundirse el crucero, sepultado para siempre en los bajíos de Meixidos, uno de esos lugares malditos donde la muerte acecha más cuidadosa. Un vapor remolcaba lanchas y botes atestados de naufragos, y la noticia corría: el barco, total é irremisiblemente perdido; la tripulación, intacta, sin que faltase un solo hombre de los quinientos veintidós que componían la dotación del *Cisneros*.

* *

Del mal el menos..., pero aun así, el daño es espantoso. Y la gente se pregunta: ¿es que nos persigue un sino fatal? La niebla ha costado á Inglaterra, en estos mismos lugares, buques y vidas; pero la niebla, la cerrazón, la tormenta, pueden explicar el siniestro. Aquí no había sino luz y calma. ¿Se ignoraba la existencia de ese bajío? No se ignoraba, no podía ignorarse, afirman los diarios locales de la capital de Galicia, que han enviado sus corresponsales *ad hoc*, desde los primeros instantes, en busca de información amplia y concreta. Aunque los bajíos de Meixidos no estén marcados en las cartas hidrográficas con rigurosa exactitud y precisión, aunque éstas no determinen la longitud de la restinga, sábase de cierto que allí está el peligro embozado, enmascarado, más insidioso por lo mismo, y si los patrones de lanchas pescadoras de escaso calado lo conocen y lo evitan, con más razón debe evitarse en el rumbo de un buque de gran calado, de un crucero como el *Cisneros*.

Esto encuentro en la prensa, y una gran melancolía cae sobre mi espíritu... Las versiones recogidas por el diario *La voz de Galicia* son para contristar el ánimo, apocado ya por tantas y tan continuas tribulaciones nacionales. Según estas versiones, que ojalá se desmintan, el *Cisneros* fué á Muros sin objeto, puesto que no iba á seguir hacia el Mediterráneo como los demás buques de la escuadra; y teniendo que volver al Ferrol seguidamente á repararse, tomó en la capital del Departamento mil toneladas de carbón, que hubiese necesitado descargar de nuevo al entrar en dique. Habiendo de estar en el Ferrol dos meses reparándose, no urgía aprovisionarse tanto de combustible, el cual ha venido á aumentar la pérdida originada por el siniestro. Esto, al pie de la letra casi, dice el diario local. Y añade que los pescadores de la costa hicieron al crucero reiteradas señales para que no se aproximase á la fatal restinga, y únicamente se tranquilizaron creyendo que iba á bordo el práctico mayor, conocedor de la costa. El práctico no iba, y el crucero, con su tripulación entregada apaciblemente á operaciones de baldeo y limpieza, filaba con gallarda marcha y rapidez hacia el abismo...

* *

Sin que nunca se haya podido averiguar ni el más mínimo detalle acerca de cómo fué; sin que ni un resto, ni un despojo, ni una tabla, ni un cadáver de

tal procedencia hayan sido escupidos por el mar; con todo lo trágico del misterio y todo lo sombrío del silencio, perdimos el *Reina Regente*, un pedazo de España, del cual no ha vuelto á tenerse la menor noticia. Y ahora, sin explicación, de una manera insípida, absurda, perdemos ese crucero, el *Cisneros*, y con él las últimas chispas de ilusiones, aspiraciones y anhelos que en algunas almas, por desgracia pocas son acaso á un mismo tiempo, quiméricas é indestructibles.

* *

Los jefes del *Cisneros*, la prensa nos lo dice también, figuran entre lo más lucido y calificado de la Armada española. El capitán, D. Manuel Díaz Iglesias, lleva cuarenta años de servicio, y la mayor parte en el mar, en largas navegaciones. Acaba de ser jefe de la Comisión naval de España en Londres. El segundo de á bordo fué segundo jefe de la comisión hidrográfica del *Urania*, encargada de rectificar las cartas marítimas haciendo constar en ellas bajos, escollos, sondajes... Toda la oficialidad del desventurado crucero se nos presenta revestida del prestigio y la respetabilidad que dan los años, los servicios, la práctica... Al reconocerlo, no se amengua la pena sentida por el desastre, antes parece que se aumenta con la contrariedad de lo injustificado, de lo que semeja mueca del destino, encarnizamiento de la mala sombra de nuestro país.

* *

Todas las naciones pierden barcos; pero se preocupan infinito, como importaría preocuparnos aquí, de disminuir las contingencias y de prevenir los casos en que tan dolorosos sucesos pueden acaecer. Ahora nos están apercibiendo con buenos modos, y muy perentoriamente, Inglaterra y Alemania, para que guarnezcamos nuestras costas de faros, de señales luminosas, de abalazamientos, cosa que, en primer término y por un orden natural, nos conviene á nosotros mismos; y la realizaremos, si se realiza, merced á estímulos extraños. La imprevisión, el descuido, cierta indiferencia ante el peligro propio, son cosas muy características de nuestro modo de ser. Y no falta quien, apelando á una filosofía propia del ilustre y venturoso doctor Pangloss, sostenga que en el fondo así nos va muy bien. Porque nos libertamos de infinitas ansias y cavilaciones, y á la hora de dar cuenta de nuestros actos al Criador, ¡pch!, todos iguales, los que se han desvelado y los que se han dormido...

Al fin la vida se acaba, todo es vanidad de vanidades, y el caso es tomar el dulce sol, sentarse en un banco á ver pasar la gente, y si acaso, entrar en el café á discutir amigablemente, entre el humo del tabaco...

* *

Una nota consoladora es el comportamiento acertado, la singular presencia de ánimo de los dos maquinistas. Su maniobra, en el momento supremo, salvó las vidas de los tripulantes. Si no da pronta salida al vapor, y no cierra los compartimientos estancos, retrasando así la convulsión de agonía del buque, permitiendo organizar el salvamento, el *Cisneros* se hubiese colado en un abrir y cerrar de ojos, tal fué de horrible y hondo el desgarrón abierto en sus entrañas por la garra feroz de la roca, la *uña* de hierro del escollo...

Dos hombres dueños de sí ante el caso tremendo é inesperado; dos individuos que, envueltos en llamaradas, cegados, ensordecidos, no vacilan, no tardan en cumplir órdenes ó en tomar iniciativas... bastó para que no haya llanto y duelo en los hogares, para que las proporciones del desastre sean muy distintas de lo que pudieron ser... Lección elocuente, y de seguro desaprovechada por nuestra inercia y nuestro escepticismo, que nos hace dudar hasta de lo más alto que existe en lo humano, la voluntad heroica, de la cual todos somos capaces, el cumplimiento del deber sin desfallecimiento de un minuto, que á todos obliga...

* *

Esos maquinistas—si son ciertos los relatos que testifican de su loable conducta—merecen, no crucen, ya sabemos cómo y por qué se dan, ni ninguna otra recompensa de las que vemos prodigadas con verdadero desconcierto..., sino una distinción muy rara: merecen ser *españoles*... de aquellos de antaño.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las últimas noticias de trascendencia de «la vida contemporánea» vienen de una costa—si no precisamente inexplorada, nunca bien estudiada en sus asechanzas y peligros—que aquí conocemos con el sugestivo y dramático nombre de *Costa de la Muerte*.

Traidores bajíos y acantilados recios; bancos de arena que encubren escollos formidables; súbitos precipicios y no sospechadas emergencias; rocas que muerden, que destripan brutalmente las embarcaciones; ensenadas caprichosas, que parecen recortadas por juguetera tijera de niño; cabos tan atrevidos como el de Finisterre, semejante á luenga garra de monstruo extendida para asir las olas..., eso es la fúnebre costa que acaba de tragarse, en menos de una hora, quince millones de pesetas, devorando uno de los contados barcos de guerra presentables que poseía la malhadada España.

* *

La escuadra se encontraba fondeada en la ría de Muros. ¡Oh! Una escuadra muy reducida, muy modesta, la pequeña escuadra que confiesa con lisura que nuestro poder marítimo, si algún día fué efectivo, es hoy sueño de sueños... Entre esa escuadra, último residuo de tantas aspiraciones, tantas empresas y tantas leyendas históricas, figuraba el *Cardenal Cisneros*, bonito crucero, no comparable á los terribles grandes acorazados modernos, pero, así y todo, hermoso barco de combate. Al salir de la ría, separóse el *Cisneros* del resto de la escuadra. Se dirigía al Ferrol, á desembarcar gente de marinería, que en diciembre daba por cumplido su servicio. En alta mar, el crucero haría ejercicios de tiro de cañón. El resto de la escuadra continuaba á Vigo.

En Muros había sido acogida la escuadra con el regocijo que siempre determina la llegada de buques de guerra á los pueblecitos de la costa. La escuadra compra víveres y paga generosamente; oficiales y marinería animan con su presencia las calles, son tal vez el amor, seguramente la alegría que pasa. La banda de música de la escuadra alborota los paseos; visitar los barcos es una partida de placer, que las familias se permiten y con la cual sueñan las jóvenes. A bordo los visitantes son acogidos con la más exquisita cortesía y las más galantes atenciones; porque yo no sé á qué atribuirlo, pero es lo cierto que nuestros oficiales de marina, en este particular, superan á los del resto del mundo, extreman como nadie la grave y delicada urbanidad, cuya tradición, entre ellos, no se pierde. El Ayuntamiento de Muros, pues, no quiso quedarse atrás, y ofreció un *lunch* á los marinos de la escuadra. Los barcos encendieron sus magníficos reflectores y proyectaron sobre la bahía fantásticos rieles luminosos. Fueron, en suma, un día y una noche de fiesta, de cordialidad, de